

SCARAMOUCHE

RAFAEL SABATINI

SCARAMOUCHE

Prólogo de Arturo Pérez-Reverte
Ilustración de cubierta
de Augusto Ferrer-Dalmau
Traducción de Manuel Pereira



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Scaramouche*

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: mayo de 2025

© Royal National Institute of Blind People. Cancer Research UK and Action Research

© de la traducción: Manuel Pereira Quintero

© del prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2025

© de la ilustración: Augusto Ferrer-Dalmau, 2025

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Coedición especial entre Zenda y Edhasa (Zenda-Edhasa)

Diputación, 262, 2.º 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

www.zendalibros.com

marketing@zendalibros.com

www.edhasa.es



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos. www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-5580-2

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B. 9117-2025

Impreso en España

CON EL DON DE LA RISA
ARTURO PÉREZ-REVERTE

Me disponía a escribir el prólogo de esta magnífica novela de Rafael Sabatini —que hace unas semanas, casualmente, volví a recomendar en las redes sociales—, cuando recordé que mi viejo amigo Lucas Corso, mercenario de la bibliofilia, cazador de libros a sueldo, era adicto a tan deliciosa aventura de revolucionarios y espadachines. Yo mismo había mencionado el asunto hace casi treinta y cinco años en aquella historia de libros, diablos enamorados y folletines decimonónicos que se tituló *El club Dumas* y que protagonizaba el propio Corso. Al acordarme del protagonista y del libro, busqué en mi biblioteca un ejemplar de la primera edición y lo hojeé con un agrisulce sentimiento de nostalgia; pues, cuando entre 1992 y 1993 escribí aquellas líneas, yo era todavía un autor inocente. O casi:

—Nació con el don de la risa... —cité, señalando el retrato— y con la sensación de que el mundo estaba loco...

Lo vi mover despacio la cabeza, con gesto lento y afirmativo [...].

—... Y ése fue todo su patrimonio —completó sin dificultad la cita, antes de arrellanarse en la butaca y sonreír de nuevo—.

Aunque, si he de serle sincero, me gusta más *El capitán Blood*. Levanté la estilográfica en el aire para amonestarlo, severo.

—Hace mal. *Scaramouche* es a Sabatini lo que *Los tres mosqueteros* a Dumas —hice un breve gesto de homenaje en dirección al retrato—. Nació con el don de la risa... No hay en la historia del folletín de aventuras dos primeras líneas comparables a éstas.

Dejé de releer en ese momento, porque tuve una co-razonada. Bajé aprisa las escaleras en dirección a la bodega —así llamo al lugar de mi casa donde trabajo—, en la que guardo carpetas llenas de documentos que hace tiempo amarillean. Estuve un buen rato buscando; y, cuando pensaba que no la encontraría, de pronto, apareció: una carta personal de Lucas Corso. En ella, mi amigo—personaje globalaba a su adorado Scaramouche, proponiéndome de paso la escritura de un relato a modo de segunda parte de *El club Dumas*. Lo titulaba —de manera poco afortunada, pues en eso Corso nunca fue brillante— «Scaramouche o morir». Me senté en el sillón orejero que fue de mi padre con una inevitable copa de vino de Anjou en la mano, y leí de nuevo aquello, que había olvidado casi completamente. No estaba mal como idea. Lo cierto es que no estaba nada mal. Creo que a Corso, de quien no sé nada desde hace años —confío en que siga vagando entre bibliotecas con su diablo enamorado, añadiendo muescas a la navaja—, le gustaría ver este texto publicado. Y, bueno... En parte se lo debo, pues él me inspiró una novela que fui muy feliz escribiendo. Y nunca está de más, a ciertas alturas de la vida, saldar algunas deudas. Así que aquí se lo dejo a ustedes, estimados lectores. Para que disfruten o juzguen como crean conveniente lo que me escribió el cazador de libros. Yo, desde luego, lo disfruté mucho.

SCARAMOUCHE O MORIR

Por Lucas Corso

El libro de Sabatini tiene de todo: duelos, teatro, discursos incendiarios, un poco de amor no demasiado meloso y mucha ironía. Lo lees y sientes el sudor de los duelistas y el calor de la Revolución francesa. Pero lo mejor es cómo lo cuenta el autor, con esa elegancia italo-británica disfrazada de ligereza francesa, igual que un buen libro raro que alguien hubiera escondido entre las obras de Alejandro Dumas, y que sólo unos pocos supieran leer de verdad en sus más ocultas y divertidas claves. Al final, Scaramouche no sólo sobrevive: se convierte en algo mucho más grande que él mismo. Como todos los buenos personajes de novela... O como los malos, según quién cuente la historia. Cualquier lector avezado sabe que hay malos que superan en carácter y grandeza a los buenos.

Todo empezó con un encargo raro, como siempre. Como todos los que me hacen, que son los que cobro y de los que vivo. Una primera edición en francés de *Scaramouche*, nada menos; papel amarillento, encuadernación en tela roja, con una nota dentro escrita a mano: «Él nació con el don de la palabra y la espada». Nadie firmaba, y eso acentuaba el encanto. El tipo que me confió el negocio parecía sacado de un salón de esgrima del siglo XVIII, pero con reloj Rolex en la muñeca. Oía a libros caros y ediciones raras hasta de lejos.

El caso es que me pasé la noche leyéndolo en un bar de mala muerte de Marsella, con whisky barato y un camarero que parecía tener alergia al silencio; pero pude arreglármelas cerrándole la boca con una hábil combinación de propinas y desaires. Y me enfrasqué en la historia. Scaramouche, el protagonista, era un abogado, actor y espadachín con más carisma que sentido común. Un cabrón encantador. Como el Rochefort de Dumas, con un toque de Cyrano y un discurso revolucionario en el bolsillo. Curioso elemento, sin duda.

Y, bueno, la verdad es que el relato funciona de maravilla. André-Louis Moreau empieza como cualquier otro hijo bastardo

con ideales y termina metido hasta el cuello en la Revolución con mayúscula. Lo curioso es que no es un héroe tradicional. Es sarcástico, inteligente; se esconde tras una máscara, literalmente. Le gusta meterse en líos. Me recuerda un poco a mí, pero sin la resaca constante y con mejor puntería con el florete. Maneja tan bien la espada que hasta Hollywood le hizo justicia, pues en la película que se hizo de esta novela, el enfrentamiento final entre él y el malvado La Tour d'Acyr es uno de los mejores duelos de la historia del cine.

Regresé aquella misma noche a París. No era la primera vez que un libro casi me mata, pero sí la primera que uno me mete en un duelo a estocada limpia. Todo por una maldita edición francesa de *Scaramouche*, Rafael Sabatini, 1921, tirada limitada, márgenes anotados por un tal La Roche: un noble francés con más secretos que descendencia. Lo gracioso es que, cuando el fulano que me hizo el encargo me habló del libro, creí que se trataba de otra de esas búsquedas de bibliófilo psicópata, más trastornado que unas maracas brasileñas (nada nuevo para mí, pues trabajo mucho ese perfil). Hasta que alguien me apuntó con una espada, y no en sentido figurado.

Alguien pensará que todo parece un disparate, pero ¿qué otra cosa es la literatura, la grande, la popular que atrapa a millones de lectores, sino un milagroso disparate? Y de eso justo se trataba, porque dentro del libro, entre la página donde André-Louis Moreau decide tomar el nombre de Scaramouche y crear el caos en la revolución, encontré una hoja doblada, como escondida. No tuve tiempo de examinar bien su contenido, porque, apenas me puse a ello —yo estaba en ese momento en el aparcamiento del hotel Louvre Concorde de París—, alguien intentó matarme con un puñal del siglo XVIII, muy afilado y con iniciales grabadas: «D.M.». Afortunadamente aún conservo algunos reflejos del viejo oficio de sobrevivir, y mi agresor o agresora —seamos paritarios, y además se cubría con una máscara veneciana— sólo alcanzó a rasguñarme un brazo. ¿*Demain mourir?* ¿*Duque de Mouche?* ¿*Dios mediante?*... No tengo la menor idea. Lo único que supe fue que

a partir de ese momento tenía medio París detrás de mí y un cadáver que no figuraba en mi lista de contactos. La policía —un gendarme parecido a Louis de Funes— llegó, miró, se encogió de hombros y no hizo preguntas. Mejor así.

En fin. Lo que yo aprendí leyendo *Scaramouche* acabó siéndome, a la larga, más útil que todos los manuales de supervivencia juntos: disfrazarse, mentir con estilo, saber cuándo hablar y cuándo callar... Y lo más importante: nunca subestimar a un actor con ideales. Son los más peligrosos, o tal vez los únicos realmente peligrosos. Y eso era Moreau: un bufón con causa, un tipo que se burlaba de los poderosos mientras les tocaba el trigémino con la punta de la espada.

El problema, volviendo a mí, era que alguien —o varios, vaya usted a saber— creía que yo tenía algo más que un libro. Pensaba que estaba en posesión de una clave, mi una confesión o un documento que podía hacer pedazos más de una reputación. En cuanto a mí mismo, como suelo, sólo quería cobrar el encargo y seguir bebiendo en paz en el bar de Makarova. Pero no hubo manera. Me metí, o me metieron de lleno, en un duelo con fantasmas disfrazados de coleccionistas, en salones con olor a cera y muerte. Y todo por *Scaramouche*, el hombre que nació con el don de la risa, de la palabra y la espada. Yo sólo tengo la palabra, y a ratos la risa. La espada, si acaso, la de Damocles. Porque la historia no acaba aquí.

Como en las malas novelas, incluso como en algunas buenas, regresé a Madrid en un tren nocturno donde no pude pegar ojo. «Los libros no matan», me repetía. O eso pensaba yo antes de que *Scaramouche* me dejara con un puntazo en el brazo derecho y el recuerdo de una francesa de ojos grises que decía llamarse Camille Moreau. Mentía, claro. Todos mentían menos el libro. Ése decía la verdad, o la escondía bajo sus mentiras. Todos los libros mienten y todos dicen la verdad, según quien los lea.

Para redondear el panorama, aquella mañana en Madrid llovía. Siempre llueve cuando alguien me ofrece un encargo que apesta a problema. Un coleccionista catalán, viejo, enfermo, rico, de presumibles gustos ambiguos, me llamó porque una librería

portuguesa le había ofrecido un ejemplar muy raro: *Scaramouche*, edición original francesa de 1921, con anotaciones manuscritas que, según él, podían demostrar que Sabatini no había inventado al personaje, sino que lo había basado en alguien real. Y no cualquier alguien, sino un espía revolucionario cuyo linaje aún coleaba por esos mundos. Un linaje que podía reclamar algo gordo, ya se sabe: títulos, tierras, tesoros, secretos, venganzas... Lo de siempre.

Éste era ya el segundo libro de Sabatini en menos de una semana, lo que bastaba para poner a cualquiera la mosca detrás de la oreja. Pero el problema no era ése. El problema consistía en que el libro iba acompañado de una advertencia escrita a pluma con tinta azul y bonita caligrafía: «El que desentierre a Scaramouche muere». No existe en el mundo personaje de novela que se resista a eso, y en mis ratos libres también yo soy un personaje de novela. Así que, dispuesto a desenterrar cuanto hiciera falta, fui a buscarlo a Lisboa, pues la pista llevaba hasta una librería de viejo en Sintra. La dueña era una mujer delgada, con una cicatriz en el cuello y una voz aguardentosa, como de whisky añejo, estilo la bruja de *La Farsalia* de Lucano, o sea, *gemitusque luporum*. Me entregó el libro con manos temblorosas y una frase fuera de contexto que sigo sin descifrar todavía: «A veces, los personajes que creemos ficción sólo esperan ser leídos de nuevo para regresar...». Al oírle decir eso, sonreí con el adecuado cinismo. Pensé que estaba loca. Ahora sé que era la única cuerda de toda esta historia.

Esa noche, en el hotel Avenida de Lisboa, inspeccioné el libro. Esperaba encontrar algo en él y lo encontré: una carta, escrita en francés dieciochesco, dirigida a una mujer llamada Camille. Hablaba de traición, de conspiraciones, de una clave escondida en el monólogo final de *Scaramouche* antes del duelo con La Tour d'Azyr. Palabras —ése era el punto, comprendí— que no estaban en ninguna otra edición. Alguien había reescrito la historia, fue mi perspicaz conclusión. O simplemente la historia había estado esperando su versión verdadera.

A la mañana siguiente, como era de esperar y no podía ser de otra manera, alguien intentó matarme en el ascensor. Después

de haber protagonizado *El club Dumas* debería estar acostumbrado a esos inconvenientes, pero no lo estoy. El frustrado homicida era alto, rubio, ojos de serpiente, como sacado de una película de James Bond (con Sean Connery, claro, el de verdad). Me preguntó por la carta. Le respondí con una sonrisa y con el extintor del pasillo. Bajó, inconsciente, en la planta cuatro, y no he vuelto a verlo jamás.

El resto es clásico, de manual. Volví a Madrid. Me siguieron. Llegué con la idea de dejar el libro, cobrar y desaparecer. Pero el catalán ya estaba muerto. Vulgarmente atravesado con una espada antigua. Aquello era tan poco original que la policía no entendía nada. Yo tampoco, pero fingía entenderlo. Los policías eran jóvenes y me miraban con respeto. Les ofrecí cigarrillos, pero no fumaban. Yo sí.

Fue entonces cuando volví a verla a ella: Camille Moreau me esperaba en una tienda de anticuarios de la calle del Prado, esquina León. Decía ser historiadora. Tenía apellido de personaje literario, unas piernas largas y una sonrisa que olía a trampa saducea. Quería ayudarme, o eso aseguraba. Me dijo que el Scaramouche real era su antepasado, que lo que el libro escondía era la prueba de una conspiración contra la familia Moreau desde tiempos de la Revolución: realeza, espías, sociedades secretas... Sonaba a novela barata, pero a veces las novelas baratas son las más peligrosas. Y las más divertidas.

Nos fuimos a la cama, naturalmente. A los quince minutos de conversación. Eso saqué en limpio, al menos. Me había visto enredado en un juego donde el pasado y el presente se cruzaban en cada página: me persiguieron en Marsella, me apuñalaron en París, casi me despachan en Lisboa. En aquel variado teatro habían representado para mí, a punta de espada, el último acto de *Scaramouche*. Y yo había hecho de André-Louis Moreau. Sin ensayos, sin aplausos. La clave, al final, no era dinero ni títulos ni poder: era la historia, la verdadera. La que había sido borrada por los vencedores y conservada en tinta entre las líneas de una novela de aventuras. Camille quería restaurarla. Otros querían que ardiera. Todo

era tan deliciosa y folletinescamente canónico que ponía la piel de gallina. Cuando todo terminó, había cuatro muertos, un libro quemado y yo con un brazo vendado en un tren nocturno Lisboa-Madrid. Camille había regresado a París. Me habló de una segunda parte —*Scaramouche, creador de reyes*—; dijo que tenía que reconstruir el legado y no sé cuántas sandeces más. Yo sólo quería dormir y olvidarme de héroes con antifaz.

Creo haberlo conseguido. Sin embargo, a veces, cuando por azar releo el monólogo final de *Scaramouche*, siento que alguien me observa desde las sombras del escenario. Y que el telón, en realidad, nunca ha bajado.

«Aquellos hombres sensibles que
lloran por los males de la Revolución,
que también derramen unas cuantas
lágrimas por los males que ellos
mismos provocaron»,

MICHELET

LIBRO PRIMERO
LA TOGA

CAPÍTULO PRIMERO

EL REPUBLICANO

Nació con el don de la risa y con la intuición de que el mundo estaba loco. Y ése era todo su patrimonio. Aunque su verdadera ascendencia permanecía oscura, desde hacía tiempo en la aldea de Gavrillac todos habían despedido el misterio que la envolvía. La gente de Bretaña no era tan ingenua como para dejarse engañar por un pretendido parentesco que ni siquiera tenía la virtud de ser original. Cuando un noble apadrina a un niño que no se sabe de dónde ha salido, ocupándose de su crianza y educación, hasta los campesinos más ingenuos comprenden perfectamente la situación. De ahí que los habitantes del pueblo no dudasen acerca del verdadero parentesco que unía a André-Louis Moreau —como llamaron al muchacho— con Quintin de Kercadiou, señor de Gavrillac, que habitaba la gran casa gris que, desde una elevación, dominaba la villa situada a sus pies.

André-Louis había estudiado en la escuela del pueblo al tiempo que se hospedaba en casa del viejo Rabouillet, el notario que se encargaba de los asuntos del señor de Kercadiou. Más tarde, a la edad de quince años, lo enviaron al Liceo de Louis Le Grand, en París, para que es-

tudiara derecho, carrera que, cuando regresó al pueblo, ejerció junto con el viejo Rabouillet. Por supuesto, todo esto lo sufragó su padrino, el señor de Kercadiou, quien, al poner nuevamente al joven bajo la tutela de Rabouillet, demostró que seguía ocupándose del porvenir de su ahijado.

André-Louis aprovechó al máximo estas oportunidades. Al cumplir veinticuatro años, su sabiduría era tan grande que hubiera provocado una indigestión intelectual en cualquier mente ordinaria. Sus apasionados estudios acerca de la naturaleza humana, desde Tucídides hasta los Enciclopedistas, desde Séneca hasta Rousseau, no hicieron más que confirmar su precoz intuición de la irremediable locura que padece nuestra especie. En este sentido, no aparece en toda su azarosa vida ningún indicio que permita pensar que haya cambiado de opinión.

Físicamente era esbelto, de mediana estatura, con un rostro astuto, nariz y pómulos prominentes, y abundante cabello negro que le llegaba casi a los hombros. Tenía la boca grande y en sus labios delgados se dibujaba un irónico mohín. Lo único que lo redimía de la fealdad era el esplendor de un par de ojos luminosos, siempre interrogantes, de un castaño oscuro tirando a negro. De su singular facultad para discurrir, así como de su raro y gracioso don de la palabra, dan fe sus manuscritos —lamentablemente demasiado escasos—, entre los cuales destacan sus *Confesiones*. De sus magníficas dotes oratorias, por entonces él mismo apenas si era consciente, aunque ya había alcanzado cierta fama en el Casino Literario de Rennes. Uno de aquellos cafés, ahora ubicuos en el país, donde los jóvenes intelectuales de Francia se reunían para estudiar y discutir las nuevas filosofías que influían

en la vida social. Pero la fama allí adquirida no podía considerarse digna de envidia. Su carácter demasiado travieso, demasiado cáustico, lo inclinaba a ridiculizar las sublimes teorías de sus colegas sobre la regeneración del género humano. Hasta tal punto era así que André-Louis llegó a quejarse de la inquina que todos le tenían, argumentando que lo único que hacía era ponerlos ante el espejo de la verdad, y que si al reflejarse se veían ridículos, no era culpa suya.

Lógicamente, con eso lo único que consiguió fue exasperar a sus colegas, hasta tal punto que consideraron seriamente expulsarlo del Casino, lo cual resultó inevitable cuando su padrino, el señor de Gavrilac, lo nombró representante suyo en los Estados de Bretaña. Los miembros del Casino Literario declararon, por unanimidad, que en un club como aquél, dedicado a la reforma de la sociedad, no podía figurar el representante oficial de un noble, un hombre de confesados principios reaccionarios.

Y aquellos tiempos no se prestaban para tomar medidas a medias. Una débil esperanza había asomado en el horizonte cuando el señor Necker logró convencer al rey de que debía convocar los Estados Generales —lo que no ocurría desde hacía casi doscientos años—; pero esa luz se había ensombrecido últimamente a causa de la insolencia de la nobleza y del clero, pues ambos estamentos estaban decididos a asegurar que la composición de la Asamblea General salvaguardara sus privilegios.

La próspera e industrial ciudad portuaria de Nantes —la primera en expresar el sentir que ahora se extendía rápidamente por todo el país— publicó, en los primeros días de noviembre de 1788, un manifiesto que obligó a la municipalidad a presentar ante el rey. El documento manifes-

taba su rechazo a que los Estados de Bretaña, a punto de reunirse en Rennes, fueran, como en el pasado, un mero instrumento en manos de la nobleza y del clero. También pedía para el Tercer Estado el derecho a votar los impuestos. Para poner fin a la amarga anomalía que suponía el hecho de que el poder estuviera en manos de aquellos que no pagaban impuestos, el manifiesto exigía que el Tercer Estado estuviera representado a razón de un diputado por cada diez mil habitantes, que éste saliera estrictamente de la clase que representaba, y que no fuera un noble, ni delegado, ni senescal, ni procurador ni intendente de un aristócrata; que la delegación del Tercer Estado¹ fuera igual en número a las de los otros dos estados, y que en todos los asuntos los votos se contaran por cabeza, y no, como hasta ahora, por clases.

Este manifiesto, que contenía otras peticiones secundarias, permitía vislumbrar a los elegantes y frívolos caballeros que paseaban ociosamente por el *Œil de Boeuf* de Versalles algunos de los desconcertantes cambios que el señor Necker se disponía a desencadenar. De haber podido, era fácil adivinar cuál hubiera sido su reacción al documento. Pero Necker era el único piloto capaz de llevar a puerto seguro la zozobranante nave del Estado. Siguiendo su consejo, su majestad el rey volvió a remitir el asunto a los Estados de Bretaña para que lo solucionaran, pero con la significativa promesa de intervenir si las clases privilegiadas —la nobleza y el clero— se resistían al deseo del pueblo. Y, por supuesto, las clases privilegiadas, precipitándose

1. La sociedad francesa en el Antiguo Régimen se dividía en tres estamentos: el eclesiástico, el nobiliario y el Tercer Estado, que, bajo la denominación general de «pueblo», agrupaba a la burguesía, a los artesanos y a los campesinos. (*N. del T.*)

ciegamente hacia su destrucción, se resistieron, lo que provocó que el rey suspendiera los Estados.

Y ahora eran esas mismas clases las que se negaban a acatar la autoridad del soberano. La ignoraban deliberadamente, querían seguir celebrando sus sesiones y proceder a las elecciones a su manera, convencidos de que así lograrían salvaguardar sus privilegios y continuar su rapiña.

Una mañana de noviembre, Philippe de Vilmorin llegó a Gavrillac con todas estas noticias. Era estudiante de teología del Seminario de Rennes y miembro del Casino Literario. Pronto encontró en aquel pueblo, desde tiempo atrás adormecido, el caldo de cultivo adecuado para encender su indignación. Un campesino de Gavrillac, llamado Mabey, había muerto aquella mañana en los bosques de Meupont, cerca del río, a causa de los disparos del guardabosque del marqués de La Tour d'Azyr. Al infortunado campesino lo sorprendieron robando un faisán que había caído en una trampa y el guardabosque cumplió al pie de la letra las órdenes de su señor.

Enfurecido ante un acto de tiranía tan absoluto y despiadado, el señor de Vilmorin propuso llevar el caso ante el señor de Kercadiou. Mabey era vasallo de Gavrillac, y Vilmorin esperaba que el señor de aquel pueblo exigiría por lo menos una indemnización para la viuda y los tres huérfanos, víctimas de aquella brutalidad.

Pero como Philippe y André-Louis eran amigos de la infancia, casi como hermanos, el seminarista se dirigió primero a éste. Lo encontró solo, desayunando en un amplio comedor de techo bajo y blancas paredes: el comedor de Rabouillet, único hogar que André-Louis conociera. Tras abrazarse, Philippe expuso su airada denuncia contra el señor de La Tour d'Azyr.

—Algo he oído ya —dijo André-Louis.

—¿Y lo dices así, como si no te causara la menor sorpresa? —le reprochó su amigo.

—No puede sorprender ninguna bestialidad viniendo de una bestia. Y el señor de La Tour d’Azyr lo es; todo el mundo lo sabe. Fue una locura que Mabey intentara robarle sus faisanes. Debió robar los de otro.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir acerca del caso?

—¿Qué más puede decirse? Soy un hombre práctico, al menos eso espero.

—Lo que puede decirse es lo que me propongo decirle a tu padrino, el señor de Kercadiou. Voy a apelar a él en demanda de justicia.

—¿Contra el señor de La Tour? —preguntó André-Louis, arqueando las cejas.

—¿Por qué no?

—No seas ingenuo, querido Philippe. Los perros no se comen a los perros.

—Eres injusto con tu padrino. Es una persona humanitaria.

—Todo lo humanitario que quieras, pero aquí no es cuestión de humanidad, sino de leyes de caza.

Disgustado, Philippe de Vilmorin levantó los brazos al cielo. Era un mozo alto, de aspecto distinguido, como un par de años más joven que André-Louis. Vestía sobriamente de negro, como correspondía a un seminarista, con blancos vuelillos en las mangas y hebillas de plata en los zapatos. Su caballera era negra, pulcramente peinada y sin empolvar.

—Hablas como un abogado —estañó.

—Naturalmente. Pero no malgastes conmigo tu furia. Dime qué puedo hacer.

—Quiero que vengas conmigo a ver al señor de Kerca-diou y que uses tu influencia para obtener justicia. Supongo que no será mucho pedir.

—Mi querido Philippe, estoy para servirte. Pero te advierto que será inútil. Déjame terminar mi desayuno, y estaré a tus órdenes.

Philippe de Vilmorin se dejó caer en una butaca, al lado de la chimenea, donde ardían varios troncos de pino. Mientras aguardaba, le comentaba a su amigo los últimos acontecimientos que habían tenido lugar en Rennes. Joven, ardiente, entusiasta e inspirado en los utópicos ideales, denunciaba apasionadamente la rebelde actitud de los privilegiados.

A André-Louis, que estaba al tanto de los sentimientos de una clase a la que —como representante de un noble— casi pertenecía, no le sorprendieron las noticias de su amigo. Philippe de Vilmorin se exasperó al ver que su amigo aparentemente no participaba de su indignación.

—¿Pero es que no lo entiendes? —exclamó—. Los nobles, desobedeciendo al rey, socavan los cimientos del trono. No advierten que su existencia depende de ese trono, que si se derrumba, ellos serán los primeros en caer. ¿Es que no lo ven?

—Evidentemente, no. Son las clases gobernantes, y nunca se ha visto que esas clases tengan ojos para otra cosa que no sea su propio beneficio.

—Pues de eso nos quejamos. Eso es lo que queremos cambiar.

—¿Queréis abolir las clases gobernantes? Es un experimento interesante. Creo que ése fue el plan original de la creación, pero fracasó por culpa de Caín.

—Lo que vamos a hacer —replicó Vilmorin, reprimiendo su furia— es poner el gobierno en otras manos.

—¿Y crees que con eso va a cambiar algo?

—Estoy seguro.

—¡Ah! Probablemente estudiando teología has llegado a hacerte dueño de la confianza del Todopoderoso. Sin duda Él te habrá confiado su intención de hacer un nuevo género humano.

El ascético rostro de Vilmorin se cubrió con una nube de reproche:

—Blasfemas, André —censuró a su amigo.

—Te juro que hablo absolutamente en serio. Para lograr lo que quieres, necesitarás nada menos que la intervención divina. Habría que cambiar al hombre, no al sistema. ¿Podrías tú o nuestros fanfarrones amigos del Casino Literario de Rennes, podrían los de ninguna sociedad cultural de Francia, esbozar un sistema de gobierno que aún no se haya probado? Seguro que no. ¿Puede acaso mencionarse algún sistema que no haya acabado en el fracaso? Mi querido Philippe, el futuro sólo puede leerse con certeza en el pasado. *Ab actu ad posse valet consecutio*. El hombre nunca cambiará. Siempre será avaro, codicioso, vil. Hablo del hombre en sentido general.

—¿Pretendes decir que no puede mejorarse la suerte del pueblo? —lo desafió Vilmorin.

—Al decir pueblo, te refieres, naturalmente, al populacho. ¿Lo abolirás? Ése sería el único modo de mejorar su suerte, pues, mientras exista el populacho, estará condenado a la miseria.

—Por supuesto, hablas a favor de los que te dan de comer. Supongo que es natural —afirmó Vilmorin entre triste e indignado.

—Al contrario, trato de hablar con absoluta imparcialidad. Volvamos a esas ideas tuyas. ¿A qué forma de gobierno

aspiras? Por lo que dices, infiero que te refieres a una república. Bien, pues ya la tienes. En realidad, Francia es hoy una república.

Philippe lo contempló de hito en hito.

—Lo que dices es paradójico. ¿Dónde dejas al rey?

—¿El rey? Todo el mundo sabe que en Francia no hay rey desde los tiempos de Luis XIV. En Versalles hay un obeso caballero que lleva la corona, pero las mismas noticias que me traes demuestran lo poco que cuenta. Son los nobles y el clero los que ocupan las más elevadas posiciones, con el pueblo de Francia a sus pies. Ellos son los verdaderos gobernantes. Por eso digo que Francia es una república hecha de acuerdo con el mejor patrón: el de Roma. Entonces, como ahora, las grandes familias patricias vivían en el lujo, reservándose el poder y la riqueza y cuanto valía la pena poseer. Y el populacho, aplastado por los poderosos, gemía, sudaba, se moría de hambre y perecía en las covachas romanas. Y eso era una república, la más opulenta que ha existido.

Philippe se impacientaba.

—Por lo menos admitirás —arguyó— que no podemos estar peor gobernados.

—Ése no es el problema. El problema es saber si estaremos mejor gobernados sustituyendo la actual clase gobernante por otra. Sin ninguna garantía, no pienso mover un dedo para que nada cambie. ¿Y qué garantía podéis dar? ¿Cuál es la clase que tomará el poder? Yo te lo diré: la burguesía.

—¿Qué?

—Te sorprende, ¿eh? La verdad suele ser desconcertante. ¿No habías pensado en eso? Pues bien, ahora puedes meditar en el asunto. Examina bien el manifiesto de Nantes. ¿Quiénes son sus autores?

—Yo puedo decirte quiénes obligaron al municipio de Nantes a enviárselo al rey. Fueron unos diez mil obreros: tejedores, carpinteros de ribera y artesanos de todos los oficios.

—Sí, pero estimulados, forzados por sus amos, los ricos comerciantes y armadores de esa ciudad —replicó André-Louis—. Tengo la costumbre de observar las cosas de cerca, y por ello nuestros compañeros no me soportan en los debates del Casino Literario. Yo profundizo, mientras que ellos se quedan en la superficie. Detrás de los obreros y artesanos de Nantes, aconsejándolos, apremiando a esos pobres, estúpidos e ignorantes trabajadores para que derramen su sangre en pos del fantasma de la libertad, están los fabricantes de velamen, los de tejidos, los armadores y hasta los traficantes de esclavos. ¡Los negreros! ¡Los mismos hombres que viven y se enriquecen traficando con sangre y carne humana en las colonias, dirigen aquí una campaña en nombre del sagrado nombre de la libertad! ¿No ves que todo esto es un movimiento de mercaderes y traficantes, envidiosos de un poder que sólo se deriva del nacimiento? Los bolsistas de París, que poseen los títulos de la Deuda nacional, viendo la ruinoso situación financiera del Estado, tiemblan ante la idea de que pueda residir en un solo hombre el poder de cancelar la deuda declarando la bancarrota. Para salvaguardar sus intereses, tratan de socavar el actual estado social y edificar sobre sus ruinas uno nuevo en el que ellos sean los amos. Y para conseguirlo, inflaman al pueblo. Ya en Dauphin hemos visto correr la sangre, la sangre del pueblo, pues siempre es su sangre la que se derrama. Ahora estamos viendo otro tanto en Bretaña. ¿Y qué pasará si prevalecen las nuevas ideas? ¿Qué pasará si desaparece el poder

señorial? Habremos cambiado la aristocracia por la plutocracia. ¿Vale eso la pena? ¿Crees que bajo el yugo de los bolsistas, los negreros y los hombres enriquecidos por el innoble arte de comprar y vender, la suerte del pueblo será mejor que bajo el de la nobleza y el clero? ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez, Philippe, qué es lo que hace el gobierno de los nobles tan intolerable? Es la ambición. La ambición es la maldición de la humanidad. ¿Y esperas menos ambición por parte de unos hombres que se han crecido precisamente en la ambición? Estoy dispuesto a admitir que el actual gobierno es execrable, injusto, tiránico, todo lo que quieras. Pero abre bien los ojos y verás que el gobierno con el que se pretende sustituir al actual puede ser infinitamente peor.

Philippe permaneció un momento pensativo; después volvió al ataque:

—Pero tú no hablas de los abusos, de los horribles e intolerables abusos del poder gobernante que hoy nos tiranizan.

—Donde haya poder, siempre habrá abusos.

—No si la posesión del poder depende de una administración justa.

—La posesión del poder es el poder mismo. No podemos dictar nuestro deseo a quienes lo sustentan.

—El pueblo sí podrá. Cuando tenga el poder.

—Otra vez te pregunto: al hablar del pueblo, ¿te refieres al populacho? ¡Claro! ¿Y qué poder puede ejercer el populacho? Puede gobernar salvajemente. Puede matar e incendiar por un tiempo. Pero no puede ejercer un gobierno duradero, porque el poder exige unas cualidades que el populacho no tiene, y si las posee deja de ser populacho. El inevitable y trágico corolario de la civilización

es el populacho. Por lo demás, los abusos pueden corregirse, sí, con la equidad, pero la equidad, si no se encuentra en algunos privilegiados de la inteligencia, no se puede encontrar en ninguna parte. El señor Necker está empeñado en corregir abusos y limitar privilegios. Eso está claro. Para ello se ha de reunir a la Asamblea General.

—Y, gracias al cielo, en Bretaña hemos comenzado ya de un modo prometedor —exclamó Philippe.

—¡Bah! Eso no es nada. Los nobles no cederán sin luchar. Una lucha fútil y ridícula, si quieres, pero supongo que también la futilidad y la ridiculez son atributos de la naturaleza humana.

Philippe de Vilmorin sonrió con sarcasmo:

—Probablemente también calificarás la muerte de Mabey de fútil y ridícula, ¿no? No me sorprendería oírte argumentar, en defensa del marqués de La Tour d’Azyr, que su guardabosque fue muy piadoso al matar a Mabey, puesto que la alternativa era que éste hubiese sido condenado a galeras de por vida.

André-Louis acabó de beber el resto de su chocolate, dejó la taza en la mesa y echó su silla hacia atrás:

—Confieso que no participo de tu misericordia, mi querido Philippe. Me conmueve la muerte de Mabey. Pero, una vez dominada la impresión que la noticia me causó, no puedo olvidar que, después de todo, Mabey estaba robando cuando lo mataron.

La indignación de Vilmorin estalló:

—¡Ése es el punto de vista que cabe esperar del asistente fiscal de un noble, del representante de un noble en los Estados de Bretaña!

—Philippe, no eres justo. ¿Por qué te enfadas conmigo? —gritó André-Louis, conmovido.